
VIAGE

A ORIENTE.

PRIMERA PARTE.

Marsella, 20 de Mayo 1832.

Mi madre habia recibido de la suya, en el lecho de muerte, una hermosa Biblia de Royaumont, (1) en la que me enseñaba á leer cuando yo era niño. Aquella Biblia tenia estampas de asuntos sagrados en todas las páginas; cual representaba á Sara, cual á Tobías y su ángel; esta á José, aquella á Samuel, y sobre todo se veían allí aquellas bellísimas escenas patriarcales en que la solemne y primitiva naturaleza del Oriente estaba mezclada á todos los actos de aquella sencilla y maravillosa vida de los primeros hombres. Cuando yo daba

(1) Edición espurgada, en que falta la división por versículos y con estampas.—*N. del T.*

bien mi leccion y leía de corrido la media página de la Historia Santa, mi madre descubria la estampa, y con el libro abierto sobre sus rodillas, me la hacia contemplar esplicándomela en premio de mi aplicacion. Estaba mi madre dotada por la naturaleza de un alma tan piadosa como tierna y de la imaginacion mas sensible y lozana; todos sus pensamientos eran sentimientos, todos sus sentimientos eran imágenes; su hermoso, noble y suave rostro reflejaba, en su radiante fisonomía, todo lo que ardia en su corazon, todo lo que se pintaba en su pensamiento, y el metal argentino, afectuoso, solemne y apasionado de su voz, daba à todo lo que decia un acento de vehemencia, de encanto y de amor que todavía en este instante resuena en mis oidos, ¡ay! al cabo de seis años de silencio! La vista de aquellas estampas, las esplicaciones y los poéticos comentarios de mi madre, me inspiraban desde la mas tierna niñez tendencias é inclinaciones bíblicas; del amor de las cosas al deseo de ver los sitios donde pasaron aquellas cosas, no habia mas que un paso, y así, ya desde la edad de ocho años, ardia yo en deseos de ir á visitar aquellas montañas adonde descendia Dios; aquellos desiertos donde los àngeles iban à enseñar á Agar el manantial escondido para reanimar á su pobre hijo desterrado y sediento; aquellos rios que salian del paraiso terrenal; aquel cielo donde se veía subir y bajar á los àngeles en la escala de Jacob.

Jamas este deseo se habia apagado en mí; siempre desde entónces pensaba yo en un viage á Oriente, como en un grande acto de mi vida interior; perpetuamente construía yo, en mi pensamiento, una vasta y religiosa epopeya, cuya principal escena debian ser aquellos hermosos sitios; parecíame tambien que las deudas del entendimiento, las perplexidades religiosas, debian hallar allí su solucion y su término. En fin, allí debia yo hallar colores para mi poema, porque la vida, para mi mente, ha sido siempre un gran poema; como ha sido amor para mi corazon. Dios, Amor y Poesía, son las tres únicas palabras que desearia tener grabadas en mi losa, si algun dia merezco una losa.

Tal es el origen de la idea que me impele ahora á las playas del Asia; esta es la razon porque estoy en Marsella y me tomo tanto afan por abandonar un suelo que amo, donde tengo amigos, donde me lloraràn y me seguirán algunos pensamientos fraternales.

22 de Mayo, Marsella.

He fletado un buque de 250 toneladas, de 46 hombres de tripulacion. El capitan es un sugeto escelente, y cuya fisonomía me gustó desde el primer momento. Su voz tiene aquel acento grave y sincero de la probidad firme y de la conciencia

limpia; hay en la espresion de su semblante suma formalidad, y en su mirada aquel rayo de luz recto, franco y vivo, síntoma seguro de una resolucion rápida, enérgica é inteligente: es ademas hombre bondadoso, fino y bien educado. Le he ecsaminado con la escrupulosidad que naturalmente debe emplearse en la eleccion del hombre á quien va uno á confiar no solo su hacienda y su vida, mas la vida de una esposa y de una hija única, en quien la vida de los tres está esclusivamente concentrada. ¡Dios nos proteja y nos traiga con bien al puerto!

El buque se llama el *Alceste*; el capitan es M. Blanc, de la Ciotat; el armador es uno de los mas dignos comerciantes de Marsella. M. Bruno-Rostand, que nos colma de atenciones y agasajos. Ha residido mucho tiempo en el Levante; hombre instruido y capaz de los empleos mas eminentes, su probidad y su talento le han grangeado en su ciudad natal una consideracion igual á su caudal, del que disfruta sin ostentacion, rodeado de una preciosa familia, sin ocuparse mas que en difundir entre sus hijos las tradiciones de honradez y de virtud. ¡Feliz pais aquel en que se hallan semejantes familias en todas las clases de la sociedad! Y ¡oh admirable institucion de la familia, que protege, conserva, perpetúa la misma santidad de costumbres, la misma nobleza de sentimientos, las mismas dotes tradicionales en la cabaña, en el mostrador y en el palacio!

22 de Mayo.

Marsella nos acoge como si fuéramos hijos de su hermoso cielo: este es un pais de generosidad de corazon y de poesía de alma. Los Marselleses reciben á los poetas como á hermanos; ellos tambien son poetas, y entre los hombres de la sociedad comun, de la academia, y entre los jóvenes que entran apénas en la vida, he hallado una multitud de caracteres y de talentos destinados á honrar no solo su patria, mas la Francia entera.—El mediodía y el norte de Francia me parecen, bajo este concepto, muy superiores á las provincias centrales. La imaginacion languidece en las regiones intermedias, en los climas muy templados, como si necesitase escesos de temperatura. La poesía es hija del sol ó de los hielos eternos: Homero ú Osian, el Tasso ó Milton.

28 de Mayo.

Mi corazon conservará un eterno recuerdo de los Marselleses; no parece sino que quieren aumentar en mí esas angustias que oprimen el corazon cuando va uno á dejar su patria sin saber si la volverá á ver. Tambien conservará los nombres de las

personas que me han agasajado mas particularmente, y cuyo recuerdo durará en mí como la última y dulce impresion del suelo natal: M. J. Freysinet, M. de Montgrand, MM. de Villeneuve, M. Vangaver, M. Autran, M. Dufeu, M. Jauffret, &c., &c., sugetos todos notables por una cualidad eminente del corazon ó de la cabeza, sabios administradores, escritores ó poetas. ¡Ojalá me sea dado volverlos á ver y pagarles á mi regreso todos esos tributos de gratitud y de amistad que es tan dulce deber y tan dulce pagar!

Esta mañana escribí la siguiente composicion paseándome entre las islas de Pomega y la costa de Provenza; es. una despedida de Marsella, que abandono con sentimientos de hijo. Tambien hay en ella algunas estrofas que van todavía mas adentro en mi corazon:

DESPEDIDA.

A LA ACADEMIA DE MARSELLA.

Si abandono al capricho de las olas
Mi parte de ventura y de sosiego;
Si hija y esposa al piélago le entrego,
Y con ellas mi amante corazon:
Si lanzo al mar, al viento, á las arenas,
Esas vidas, mi gloria y mi embeleso,
Sin mas prenda de un próspero regreso,
Que un mástil que ha tronchado el aquilon;

No es, no, porque la sed del oro abraze
Mi pecho, do mas noble afecto vive,
Ni porque de la gloria me cautive
El inconstante, engañosor fanal:
No es, no, porque del Dante la fortuna
Me arroje al seno de estrangeros mares,
O me obliguen las iras populares
Del destierro á comer la amarga sal.

No: de un valle en las fértiles laderas
Sitios, deo con lágrimas, amenos,
De recientes recuerdos dulces llenos,
Y que hoy muchos contemplan con dolor.
Dejo á la sombra de los altos robles
Un májico retiro, do mi alma
En perpetua ventura, y paz y calma
No oye de las facciones el rumor.

En nosotros pensando un padre anciano
Tiembra allí al son del viento en las almenas,
Y pide al Hacedor que ondas serenas
Mezan la nave que nos lleva en sí;
Fieles criados, buenos labradores,
Nuestras pisadas buscan abatidos,
Y responden con lúgubres ahullidos
Mis perros, si oyen preguntar por mí.

Hermanas tengo, ramas que debieran
 Del mismo tronco ser gala conmigo;
 Tengo, precioso bien, mas de un amigo
 Que lee en mis ojos y òyeme pensar.
 Tengo desconocidos corazones,
 Misteriosos amigos en mi mente,
 Ecos donde mis cantos dulcemente,
 Para volver à mí, van à sonar.

Mas tiene el alma instintos que natura
 Desconoce, al instinto semejantes
 De las aves, que el mar cruzando errantes
 De un lejano sustento en busca van.
 ¿Qué piden à los climas de la aurora?
 ¿Bajo de nuestros techos musgo y nidos,
 Y para sus polluelos los caidos
 Granos de nuestras eras no hallarán?

Yo el cotidiano pan tengo cual ellas,
 Y el espumante rio y la colina;
 Es, cual la suya, mi ambicion mezquina,
 Y partó, cual las aves volveré.
 Mas algo, cual à ellas, à la aurora
 Me llama; mas no he visto, ni tocado
 Aquel suelo de Cam al hombre dado
 Que del linage humano el barro fué.

No he surcado los piélagos de arena,
 En la viviente nave del desierto;
 En el pozo de tres palmas cubierto (1)
 No he bebido; en el polvo do de Job
 Dios probó el sufrimiento, no he velado:
 De noche entre los àrabes errantes,
 Al rumor de las lonas palpitantes,
 No he soñado los sueños de Jacob.

No conozco una página del mundo;
 Ignoro como en ella el astro luce;
 Qué impresion en el ánimo produce
 El pensar que se acerca al Hacedor;
 Al pié de una columna de do baja
 La sombra de los siglos al poeta,
 No sé qué dicen à la mente inquieta
 La soledad, el céfiro, la flor.

No he oido resonar entre los cedros
 La voz de las naciones: sobre Tiro
 No he visto desplomarse en raudo giro,
 De Dios à la suprema intimacion,
 Las proféticas àguilas del Líbano:
 Donde Palmira fué no he reclinado
 Mi sien; bajo mi pié no ha resonado
 El imperio vacio de Mémnon.

(1) El pozo de Hebron.

No he oído cual del fondo de sus simas,
 Mas que el profeta de Anatot (1) sublime,
 En sus orillas se lamenta y gime
 La sagrada corriente del Jordan:
 No he oído cual en mí canta mi alma
 En la gruta do el bardo rey sentía
 Inundarle en torrentes de armonía
 Los salmos que inmortales durarán.

Y no he seguido las divinas huellas
 Donde bajo el olivo lloró Cristo:
 La impresión de sus lágrimas no he visto
 Que conserva su eterno resplandor:
 En éstasis sublime sumergido,
 No he velado una noche en aquel huerto
 Donde de sangre y de sudor cubierto
 Bebió el amargo cáliz del dolor.

Y en el polvo mi frente no he inclinado
 Donde impresa al partir quedó su planta;
 Y no he besado con fervor la santa
 Tumba donde su Madre le lloró;
 Y no he doblado la rodilla en donde,
 De su vida mortal rotos los lazos,
 Para ceñir al mundo abrió los brazos,
 Y para bendecirle se inclinó!

(1) Jeremías.

Por eso parto y doy á la ventura
 De mí ya inútil existencia el resto,
 Que el viento en este márgen ó el opuesto
 Sacuda el tronco estéril ¿qué mas da?
 Clama el vulgo: — ¡Insensato! — ¡No! do quiera
 Todos aquí no encuentran su sustento:
 Es del poeta pan el pensamiento,
 Su vida son las obras de Jehová!

Por eso, ¡oh padre mio! adios os digo;
 Adios, mi hogar, adios, hermanas mías;
 Mis caballos, mi perro, mis umbrías
 Florestas abandono por partir.
 Vuestra imàgen me sigue, de mis dichas
 Cual sombra que à mi ausencia se resiste.
 ¡Ah! plegue á Dios que luzca ménos triste
 La hora que nos debe reunir!

Y tú ¡oh suelo entregado á mas embates,
 Que este á que me abandono, frágil pino!
 ¡Oh suelo que contiene el destino
 Del mundo, adios! adios, suelo natal!
 ¡Ojalà que rasgando Dios la nube
 Que templos, trono y libertad rodea,
 De tu inmortalidad lucir se vea
 Pronto en tu sacra márgen el fanal!

Y tú, Marsella, en la francesa orilla
 Sentada cual matrona hospitalaria,
 Nido seguro en la fortuna varia
 De los bajeles, aves de la mar;
 Ciudad que dejo con dolor profundo,
 Tú, cuya imágen en mi pecho vive,
 Tú, mis últimos votos hoy recibe
 Y mi primer saludo al regresar!

15 de Junio.

Hemos ido á visitar nuestro buque, ¡nuestra casa por tantos meses! Está distribuido en cuartitos, en que tenemos espacio para una hamaca y un baul. El capitan ha hecho abrir ventanitas que dan un poco de luz y de aire á los camarotes y que podremos abrir cuando no esté la mar muy alta ó no se tumbe el bergantin de costado. La cámara mayor está reservada para mi muger y mi hija Julia; las doncellas dormirán en la camarita del capitan, que ha tenido la bondad de cedérnosla. Como la estacion es hermosa, comerémos sobre cubierta, bajo una tienda de campaña dispuesta al pié del palo mayor: el buque está atestado de todo género de provisiones, que ecsige un viage de dos años en paises sin recursos. Una biblioteca de quinientos volúmenes, todos escogidos entre obras

de historia, de poesía ó de viages, forma el mas precioso ornato de la cámara mayor; en los rincones van sendos haces de armas, y he comprado ademas un arsenal particular de escopetas, pistolas y sables para nosotros y nuestros criados. Los piratas griegos infestan los mares del Archipiélago, y estamos resueltos á resistir á todo trance, como que tengo que defender dos vidas que me son mas caras que la mia. Cuatro cañones van sobre el puente, y la tripulacion, que conoce la suerte que reservan los griegos á los infelices marineros á quienes sorprenden, está resuelta á morir primero que rendirse.

17 de Junio de 1832.

Llevo conmigo tres amigos. El primero es uno de aquellos hombres que la Providencia une á nuestra suerte, cuando prevee que hemos de tener necesidad de un apoyo que no se doblegue bajo la desgracia ó el peligro, Amadeo de Parseval. Desde nuestra mas tierna niñez nos ha unido un cariño que ninguna época de nuestra vida ha hallado en falta; mi madre le quería como á un hijo; yo le he querido siempre como á un hermano; siempre que ha herido mi corazon algun golpe de la suerte adversa, le he hallado junto á mí, ó le he visto acudir para tomar su parte en mi dolor, la parte princi-